

RIENZI.

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

Hemos relatado sus aventuras breve y sencillamente; pero ¿quién podría decir los pensamientos, las diversas emociones que ocupaban á la vez el espíritu y el corazón de Rienzi? ¿Quién podría pintar la dolorosa indignación, la desesperación sombría de aquella alma grande y jamás abatida por los reveses? ¿Quién podría decir lo que sufrió, lo que meditó en la ermita de Mayella, sobre las colinas desiertas del imperio que había esperado resucitar entre tantos reyes bárbaros; y sobre todo, cuando vivía oscurecido y retirado en medio de la multitud de cristianos que de todos los estremos del mundo habían acudido al suelo de su antiguo poder? ¿Cuántos elementos de profundos recuerdos, y qué cabeza tan ardiente y enérgica los recibía! ¿Qué reflexiones ha debido abrigar en el calabozo de Aviñon un hombre dotado hasta el fanatismo de cuatro pasiones, una de las cuales hubiera sido capaz de trastornar la razón más sólida, y que rara vez se combinan: el amor, la esperanza, podría decirse la manía de la libertad, y al mismo tiempo del poder, un celo ardiente por las ciencias, y el entusiasmo religioso más elevado!

«Si, murmuraba el prisionero; si, este testamento es consolador, porque no siempre están oprimidos los justos.» Lanzó un profundo suspiro, cerró la Biblia, la besó con respeto, y permaneció silencioso y pensativo durante algunos minutos, hasta que oyendo en el rincón un ligero ruido dijo con voz dulce: «¡Ah! mis amigas, mis compañeras las ratas! Se acerca vuestra hora, y me alegro mucho de haber guardado pan para vosotras!» Brillaron sus ojos cuando divisaron algunos de estos animales, tan poco sociales, aventurarse á salir de los agujeros de la pared, oscurecer el reflejo de la luna sobre el pavimento y acercarse sin temor. Les arrojó pedacitos de pan, y sonriendo observó algunos instantes sus evoluciones, diciendo: *Manchino*, pilluelo de la blanca piel! Como pega á los otros! ¡ah! ¡ah! ¡ah! es superior á sus compañeros y manda á la tribu: tanto peor para él, porque será el primero que caiga en la trampa, y sus dientes morderán en valde el acero, mientras que la ignoble gavilla le mirará de lejos y temblando sin darle socorro. Sin embargo, si estuviesen unidos podrían romper la ratonera y librar á su jefe. ¡Ah! sois una mala canalla, porque os coméis mi pan, y si mañana vendreis á obsequiarme en mi jaula. *Marchaos!* Y dando palmadas movió la cadena, cuyo ruido espantó á los cohabitantes del calabozo.

Esta alegría original propia de Rienzi, y que en su gravedad estúpida había parecido á los nobles romanos una derogación de la dignidad magistral, había conservado en su rostro su antigua expresión, y se rió de todo corazón al ver á las ratas huir hacia sus madrigueras.

Al menor ruido, al escuchar el crujido de una cadena, os poneis en salvo, dijo: «¿No os avergonzáis de imitar á los hombres?» Volvió á quedar en silencio, y después acercándose con lentitud y negligencia, de cuentos llenos de vida de Tito Livio, dijo: «falta una hora para las doce; soñemos despierto, que vale más que un sueño agitado. Así como así la historia nos enseña cómo los hombres y aun las naciones se han alzado después de caídas más completas que las de Rienzi ó Roma.

A los pocos momentos se hallaba al parecer absorto en su lectura, y tan concentrada estaba en efecto su atención en aquella tarea, que no oyó pasos en la escalera de forma espiral que conducía á su celda. Solo cuando los carceleros dieron vuelta á la llave y rechinó la puerta al girar sobre sus goznes, levantó los ojos Rienzi admirado de que le visitasen á una hora tan intempestiva. Ya había vuelto á cerrarse la puerta cuando á la pálida luz de la lámpara vió una figura que buscaba el apoyo de la pared para sostenerse, y que iba envuelta de pies á cabeza en la larga capa que entonces se usaba y cubierto con un sombrero de estensas alas, guarnecido de plumas, que escondía sus facciones.

Rienzi contempló por largo tiempo al extranjero.
—«Hablad, le dijo al fin pasándose la mano por la frente. Me parece que mi larga soledad me ha privado del uso total de mis sentidos, ó que vuestra aparición me saca de juicio. No os conozco.... pero ¡cielos! ¿No me engañan los ojos?» Y los cabellos de Rienzi se erizaron, en tanto que levantándose añadía:

—«Estoy seguro de que tengo delante de mí un sér viviente? No es la primera vez que han penetrado ángeles en un calabozo. ¡Ah! Nunca me fueron tan necesarios como ahora los consuelos de un ángel.»

Nada respondió el desconocido, pero el preso veía agitarse su seno debajo de la capa, al paso que hondos suspiros ahogaban su voz. Por último, hizo un esfuerzo violento y arrojóse á los pies del tribuno: el sombrero y la larga capa se deslizaron de su cabeza y de sus hombros, y cayeron al suelo. Los ojos de una mujer se fijaban en Rienzi y le miraban de hito en hito entre un mar de lágrimas: los brazos de una mujer estrechaban las rodillas del cautivo. Contemplábala él mudo, inmóvil como una estatua.

—¡Dios poderoso!... murmuraban sus labios convulsivos... ¿Será verdad?... No; no... Imposible... Habla, habla.

—¡Esposo mío! ¡Amado de mi corazón!... ¡Qué!... ¿No me reconoces?

—¡Ella es!... ¡ella misma! exclamó Rienzi: mi Nina....mi....aquí le faltó la voz.

Confundidos sus brazos, aquellos infelices olvidaron por un momento todos sus males para no pensar más que en las delicias que les brindaba su reunión. Saboreaban un profundo placer que no sabían definir, imaginando que un sueño tranquilo les presentaba imágenes risueñas de felicidad sin límites.

Vueltos á la realidad después de las primeras exclamaciones, interrumpidas las primeras caricias, Nina levantó la cabeza que había apoyado sobre los hombros de su esposo, y examinó su rostro con afectuoso cuidado.

—¡Ah! le dijo: ¡Cuánto has debido sufrir desde nuestra separación! ¡Desde el día en que arrastrado por tu intrépido corazón, por tu extraño destino, me dejaste en la corte imperial para volar á la conquista de una diadema, para sufrir entre cadenas los horrores de una espantosa prisión! ¿Por qué obedecí tus órdenes? ¿Debia dejarte marchar solo? ¿Cuántas veces hubieras reposado sobre mi corazón! ¿Cuántas veces hubieran consolado tu alma mis acentos durante tu viaje, en los momentos de peligro y de incertidumbre!

—Si, tienes razón, contestó maquinalmente Rienzi; pero estoy bueno, porque la enfermedad del espíritu me impide sentir las fatigas del cuerpo. Tampoco tú has cambiado; tu belleza es aun mayor: no, no se ha marchitado tu frente, y aun pudieras....

Aquí se detuvo de nuevo y continuó con vehemencia:

—Roma....Roma....háblame de Roma....Dime ¿cómo has venido?... Pero no lo extraño: sin duda se ha fijado ya mi suerte: y mis enemigos, por pura misericordia me permiten verte una vez, antes que el verdugo me prive de esta pobre existencia. No ignoro que se concede una gracia semejante á los malhechores. Cuando yo disponía de la vida y de la muerte, tampoco negaba al más vil criminal el permiso de despedirse de las personas que amaba.

—No, no es eso, querido Rienzi, repuso Nina, tapándole la boca con una mano: te traigo noticias satisfactorias; mañana serás oído en juicio.... está en tu favor la corte, y saldrás victorioso.

—¡Cielos!... Repite esas palabras...

—Te aseguro que hablarás delante de tus jueces....

—¡Y Roma será libre!... Gracias, gracias, Dios Omnipotente.

El tribuno hincó una rodilla en tierra, y nunca dirigió al cielo votos tan fervientes de gratitud como en aquel momento. Cuando se levantó no era ya el mismo hombre; sus ojos, su frente habían recobrado aquella expresión natural grave y serena, y había desaparecido la tristeza del desterrado. En aquella revelación de sus rápidos pensamientos se veía al libertador, al custodio, al soberano de su país.

Nina le observaba con aquella veneración profunda, ilimitada, que solo para Rienzi, para el héroe de sus primeros años, daba á su carácter firme y decidido la dulzura de la mujer más dócil.

—Esa era su mirada, pensaba con entusiasmo cuando salió de mi aposento hace diez y ocho años con los vastos planes que aseguraron la libertad de Roma; así se mostró á los humillados barones cuando les perdonó su traición; así también á la ciudad consternada cuando se presentó al frente de sus hijos para conducirlos á la victoria.

—Sí, Nina; el corazón me lo está diciendo, dijo Rienzi, penetrando las ideas de su esposa; mi hora ha llegado; si me juzgan públicamente, no podrán condenarme, y si triunfo será preciso que me reintegren en el mando. ¿No me has dicho que mañana....

—Mañana, prepárate.

—Preparado estoy á confundir á mis adversarios.... Pero ¿qué dichosa fortuna para mí te ha conducido á estos sitios?

—No lo atribuyas á casualidad. ¿Podría por ventura permanecer en la criminal seguridad que Praga me ofrecía sabiendo que tú estabas en las cárceles del Papa? No olvides que también en la corte del emperador tienes partidarios poderosos: ellos me suministraron el oro preciso para pasar á Florencia: en aquella ciudad mudé de nombre y he venido á Aviñon á intrigar, á valerme si es preciso de una conspiración para salvarte, ó á morir contigo. ¡Y qué! ¿Nunca te ha dicho el corazón que día y noche los ojos de tu fiel Nina se clavaban sin cesar en los muros de esta torre sombría? ¿Que esta esposa humilde, esta mujer débil jamás te abandonaría?

—¡Nina adorada!.... y con todo, en Aviñon no cede el poder á la hermosura sin obtener su recompensa.... Acuérdate de que hay una muerte mil veces peor que á la que á todos nos amenaza desde el punto en que nacimos.

Nina palideció al contestarle con voz baja, pero segura.

—Nada temas; jamás oirás decir que la mujer de Rienzi ha libertado á su esposo: nadie sabe en esta disoluta corte que yo te pertenezco.

(Continuará).

EN SEMANA SANTA.

(Conclusion.)

La procesion de los pasos se hace por la tarde, y para la gente que pasea por la carrera es una diversion como otras muchas. Cada año va siendo mas reducida tanto porque hoy no tenemos comunidades religiosas que hagan bulto, cuanto porque los gremios de artesanos se han ido disolviendo, y como entre ellos estaba la propiedad de las esculturas que iban en esa procesion, hoy son pocas las que salen y sin lujo alguno.

La noche del viernes santo, pasa silenciosa y grave como el resto del dia, hasta que dan por fin las diez de la mañana y empiezan a cruzar carruajes en todas direcciones, ruido de campanas por todas partes, descargas, tiros, voces, pájaros escapados de las iglesias y aleluyas por los balcones. Al ruido infernal de la pólvora que estalla en la escopeta del aficionado, al atelondramiento de las campanas, que trabajan en una hora lo que perdieron en dos dias, y al griterío de las boardillas y de los cuartos de patios.... lo llaman *toque de gloria* ¿Qué les parece á Vds.?

En los barrios bajos suelen fusilar unos muñecos de paja, vestidos á lo Judas, y los muchachos queman una vieja de trapo que hicieron al empezar la cuaresma, con siete pies, de que la fueron privando uno por uno, en las siete semanas de la cuarentena penitenciaría.

La pascua de Resurreccion sigue á la Semana Santa, pero eso no es ya de mi jurisdiccion, y solo me resta evitar el «por si acaso» de mis lectores; y para que no se escandalicen creyéndome indiferente á las escenas sublimes y religiosas de Semana Santa, les diré que cuando yo observé las costumbres de Madrid en esos dias, era un chicuelo, travieso eso sí, que necesitaba un pellizco de la vieja mas inmediata para no distraerme en la iglesia. Ella decia que yo la quitaba la devocion... pero tente, lengua... mas vale callar... cuando no se sabe qué decir.

ANTONIO FLORES.

EL GITANO.

Nada causa al mortal mas complacencia,
y no hay bien para el hombre mas hermoso,
que el gozar de completa independencia,
y el no hallarse sujeto al poderoso.

Asi cantaba un gitano
en el desierto á su esposa.
Ah! la prenda mas preciosa
es, muger, la libertad
¿Qué importa, di, que se llame
al gitano vagabundo,
si habemos por casa el mundo
por techo la inmensidad!

Acaso piensan algunos
que de continuo lloramos;
y que tan solo arrastramos
un trabajoso existir.
Como se engañan! no saben,
que en nuestra vida ambulante,
todo es hermoso, brillante,
mas que la plata y zafir.

Vuelve la vista á esos reyes
y su testa coronada,
cuya frente se ve ornada
por que rey los engendró,
esos que habitan palacios
cubiertos de oro y tapices,
no son como yo felices,
pues son esclavos, yo no.

Esa corte aduladora
que siempre el trono circunda,
esa corte solo abunda
en perfidia y falsedad.
y apar que los ves, que rien,
y al parecer se alborozan,
prenda mia, en nada gozan,
pues no tienen libertad.

Mira ese valle á tu frente,
á tu espalda el bosque umbrío,
mira el astro refulgente,
a tu izquierda ese torrente
y á tu derecha ese río.

De todo somos señores:
fuerza es que á mandar empieces;
te ofrece el valle sus flores,
todo el bosque sus verdores
y los dos rios sus peces.

El sol hermoso tu guia
en el camino será:
la noche el sueño dará,
y apena el aura sonria
tu reyno renacerá.

Cuando anheles alimento,
pide, mi bien, cuanto quieras;
darante para sustento
la tierra toda sus fieras,
todas sus aves el viento.

Ademas tienes los mares,
fruta en el árbol tambien;

y si musica anhelares,
las aves haréte dén
un concierto en sus cantares.
Ya sus trinos melodiosos
cercados de soledad,
entonarán los esposos
entusiasmados gozosos
himnos á la libertad.

Y los dos nos reiremos
de ese mundo engañoso;
befa de su fausto haremos,
pues solo los dos tendremos
á ese cielo por señor.

Y aprenderá el cortesano
á envidiar á nuestra gente,
tambien sabrá el ciudadano,
que es mas que ellos el Gitano,
por que es hombre independiente.

Y que al lado de su esposa,
y paciendo su ganado,
es su vida mas dichosa,
que en la sala y el estrado
y en la ciudad populosa.

Por que en pueblos y ciudades
siempre tocan los extremos;
reinan las enemistades,
y crean necesidades
que nosotros no tenemos.

Somos muy vivos tambien;
mas que creo, segun veo;
pues todo cuanto poseo.
todo me sobra, mi bien,
porque á tí sola deseo.

Pero ya el sol va avanzando,
vamonos de aqui por Dios.
recojamos nuestro vando,
y en la expedicion cantando,
hemos de ir siempre los dos,

Nada causa al mortal mas complacencia,
y no hay bien para el hombre mas hermoso
que el gozar de completa independencia,
y el no hallarse sujeto al poderoso.

FELIX DE ANTONIO.

EL DESAFIO DEL DIABLO

Y

UN TESTIGO DE BRONCE,

por

DON JOSE ZORRILLA.

Bajo estos dos títulos ha reunido este fecundo escritor en el volúmen que se anuncia dos poéticas leyendas religiosas, cuya lectura se hace agradable por sus populares asuntos, por la riqueza de poesia prodigada en su narracion, y por la belleza tipográfica de la edicion en que salen á luz de las prensas del señor Boix.

Un tomo que se vende á 24 reales rústica en la librería de don Ignacia Boix, calle de Carretas, núm. 8

TEATROS.

DE LA CRUZ.

A las ocho de la noche: se dará principio á la presente temporada con la aplaudida ópera en tres actos, dividido el último en dos cuadros, del maestro Donizetti, titulada: ROBERTO DEVEREUX.

DEL PRINCIPE.

A las ocho de la noche, se ejecutará la comedia en tres actos, titulada: EL HE-ROE POR FUERZA. Intermedio de baile nacional. Terminará el espectáculo con el divertido sainete, titulado: EL TONTO ALCALDE DISCRETO.

DEL CIRCO.

A las ocho de la noche: I LOMBARDI, ópera en tres actos.

DE VARIEDADES.

A las cuatro de la tarde: LAS MINAS DE POLONIA, bolaras del Popurrí á seis y la comedia en un acto UN PASEO A BEDLAM.
A las ocho de la noche: ENRIQUE EL BASTARDO, papedú y sainete.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRENTA DE BOIX, calle de Carretas, núm. 8.